

*Passer les jours entiers et les nuits à cheval,  
Reposer tout armé, forcer une muraille,  
Et ne devoir qu'à soi le gain d'une bataille.  
Instruisez-le d'exemple; et vous ressouvenez  
Qu'il faut faire à ses yeux ce que vous enseignez.*

DOM DIEGUE.

*Pour s'instruire d'exemple, en dépit de l'envie,  
Il lira seulement l'histoire de ma vie.  
Là dans un long tissu de belles actions  
Il verra comme il faut dompter les nations,  
Attaquer une place, ordonner une armée,  
Et sur de grands exploits bazir sa renommée.*

¿Quién no ve desmayados en los versos franceses aquella vivacidad y brío que anima á los españoles? ¿Qué otras dos imágenes podía escoger la arrogancia para insultar á la decrepitud, que las de *hacer una lanza astillas y desalentar un caballo*? ¿Qué energía, qué calor en aquella repetición *puedo, puedo*! Corneille, describiendo una por una las cualidades del buen general y el buen soldado, es un declamador que amplifica, mientras que Guillen de Castro es un poeta que da vida á lo que pinta.

Poderoso es el contrario,  
Y en palacio y en campaña  
Su parecer el primero,  
Y suya la mejor lanza.

*..... Au surplus, pour ne te point flatter,  
Je te donne à combattre un homme à redouter.*

Toca las blancas canas que me honraste,  
Llega la tierna boca á la mejilla  
Donde la mancha de mi honor quitaste.  
Soberbia el alma á tu valor se humilla.....

*Touche ces cheveux blancs, à qui tu rends l'honneur,  
Viens baiser cette joue, et reconnais la place  
Ou fut jadis l'affront que ton courage efface.*

Sal-les al paso, emprende esta jornada,  
Y dando brío al corazón valiente,  
Prueba la lanza quien probó la espada.

*De ces vieux ennemis va soutenir l'abord;  
Là, si tu veux mourir, trouve une belle mort.*

No puede negarse que algunos de los versos franceses que van citados son muy bellos, mas no igualan á los del original ni en fuerza, ni en colorido, ni en armonía; si Guillen de Castro hubiera escrito toda su comedia en el tono que tienen los últimos, ¿quién pudiera luchar con él? Pero su imitador, que cede á veces á su originalidad, á su valentía y á la feliz índole de nuestra lengua, compensa esta desventaja con la superioridad manifiesta que consigue en otros pasajes.

DOM DIEGUE.

Rodrigue, as tu du cœur?....

RODRIGUE.

*.....Tout autre que mon père  
L'éprouverait sur l'heure.*

No podía, en mi sentir, imitarse con más maestría, ni trasladarse con más decoro la prueba que Lainez hace del valor de su hijo, y el *soltedes padre en mal hora* de Rodrigo, que Castro copió de los antiguos romances con menos nobleza de la que correspondía á la dignidad del asunto.

Tengo valor,  
Y habré de matar muriendo.

*Le poursuivre, le perdre, et mourir après lui.*

Aquí la idea es la misma, pero está más bien expresada en el verso frances. Al llegar á él es cuando dice el comentador de Corneille: *Pues que este verso está en*

*el español, el original contenía todas las bellezas que hicieron la fortuna del Cid frances.*

Con efecto, el carácter interesante de Jimena, y los combates que sufre interiormente, están ya bastante indicados en la pieza española; pero es cabalmente el personaje que ha recibido más mejoras en la pluma de Corneille:

RODRIGO.

¿Me aborreces?

JIMENA.

No es posible,  
Que predominas mi estrella.

CHIMENE.

Va, je ne te hais point.

RODRIGUE.

Tu le dois.

CHIMENE.

Je ne puis.

JIMENA.

Véte, y déjame penando.

RODRIGO.

Quédate, iréme muriendo.

RODRIGUE.

*Adieu, je vais traîner une mourante vie,  
Tant que par ta poursuite elle me soit ravie.*

CHIMENE.

*Si j'en obtiens l'effet, je t'engage ma foi  
De ne respirer pas un moment après toi.*

Estos ejemplos, en que el frances vence tan claramente al español en pasión, en expresión y en nobleza; en fin, aquel excelente verso:

*Sors vainqueur d'un combat, dont Chimène est le prix,*

manifiestan que Corneille, conducido por un dichoso intento ó por sus conocimientos en el arte, vió la necesidad de hacer resaltar más la amable sensibilidad y ternura de Jimena, para dar mayor interés á su fábula; en ella la voz lamentable del amor contrasta admirablemente con los feroces clamores de la arrogancia y las fieras expresiones del pundonor vengativo y del valor guerrero, que alternativamente se oyen al Conde, á Lainez y á Rodrigo.

Entre las muchas traducciones del *Cid* frances que Corneille tuvo la satisfacción de juntar en su gabinete, pudo tal vez comprenderse la imitación que hizo don Juan Bautista Diamante, intitulada *El Honorador de su padre*. La fábula tiene en ella más sencillez y regularidad que en Guillen de Castro, pero le faltan su originalidad, su calor y su valentía; hay algunas escenas traducidas de la pieza francesa en versos fluidos y fáciles, pero débiles generalmente; y por último, todo queda estropeado con la mezcla disparatada de mil bufonadas y familiaridades indecentes.

Después se hizo otra traducción, cuyo autor ignoramos, y es la que se representaba algunas veces en nuestros teatros; y si bien en ella se guardó más fidelidad que en la obra de Diamante, todavía, sin embargo, estaba muy distante de corresponder al original.

Harto más digna de Corneille es la que acaba de publicar el señor García Suelto. En ella se ha adoptado una versificación noble y digna de la tragedia, se ha procurado evitar los conceptos falsos ó hinchados en que á veces cae el estilo de Corneille, y se han hecho algunas alteraciones juiciosas, tales como la supresión de los dos personajes de la Infanta y Leonor, y la reducción de aquellos pasajes en que el diálogo excesivo y la declamación (vicios característicos del teatro frances) enfrian el interés de la acción; en fin, la traducción se conforma generalmente al sentido del original,

y presenta á veces trozos de versos felices, que no copiamos aquí por no alargar más este artículo, ya tal vez excesivamente prolijo.

Por la misma razón no nos detendremos tampoco en citar los versos que nos han parecido dignos de corrección. Hemos notado generalmente un desaliño, hijo, al parecer, de la precipitación con que la traducción se ha hecho. De aquí, sin duda, provienen ciertas voces y áun frases que desdican de la elegancia poética, los versos aislados, y la poca gracia que se nota en muchos de los

córtés que el diálogo obliga á hacer en ellos y en la rima. El señor García Suelto manifiesta facilidad, y aunque ésta es un dón muy apreciable, es preciso, sin embargo, precaverse contra ella, porque suele degenerar en descuido, y entónces aleja de la perfección. Cuando un sujeto á quien acompañan el talento, estudios y disposiciones del señor García Suelto traduce á un poeta como Corneille, no debe limitarse á que su trabajo sostenga la prueba del teatro; debe aspirar también á que por todos aspectos se le considere como una obra de literatura.

## LA MOGIGATA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

SU AUTOR INARCO CELENIO.

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN EL COLISEO DE LA CRUZ EL DIA 19 DE MAYO DE 1804.

Nada hay más difícil ni más delicado que atinar con el juicio que debe hacerse en un periódico de una pieza nueva de teatro, así porque es la cosa que más llama la atención pública, como porque frecuentemente es una señal de discordia. Casi nadie habla de ella con justa imparcialidad; los unos la levantan á las nubes, mientras que otros, ó la deprimen manifestamente, ó guardan una indiferencia, un silencio afectado, señal todavía de su reprobación. En medio de esta agitación, el periodista, que debe manifestar su juicio al público, se halla en un conflicto verdaderamente temible. ¿Alaba? Es un parcial, un miserable adulador del poeta. ¿Censura? Es un detractor, que aspira á ganarse nombre atacando á los que le tienen.

Y la posición es más apurada cuando el autor tiene ya granjeada su reputación, y á la par de ella, enemigos y parciales; cuando, conocida su obra por copias que han corrido, ó por representaciones privadas que se han hecho, todo el mundo tiene formado su juicio en bien ó en mal acerca de ella; juicio que vanamente se intenta ó fijar ó dirigir en los diarios. La suerte está ya echada, y el periodista queda siempre mal ó con unos ó con otros, y muchas veces con todos.

La *Mogigata* se halla en este caso; conocida por copias en que seguramente no se conocería su autor, y por representaciones donde se le conocía áun ménos, ya era tiempo de que el público la tuviese en la forma y corrección correspondiente al crédito que gozaba. Su autor debe estar satisfecho de la acogida que ha tenido en la escena; y nosotros, que sinceramente hemos aplaudido su triunfo, vamos á manifestar nuestro dictámen, exponiendo con la ingenuidad que nos es propia el efecto que nos han hecho su representación y lectura.

Don Luis y don Martín, caballeros de Toledo, y hermanos, tienen cada uno una hija, á quien han dado diferente educación. El primero, juicioso y entendido, ha criado á doña Ines con la ternura de padre y con la atención y confianza de amigo, mientras que el segundo, terco y violento, no ha tratado nunca á doña Clara sino con un rigor impertinente. Los frutos de estos procedimientos tan diversos son los que debieran esperarse. Doña Ines, vir-

tuosa, modesta y generosa, corresponde á los prudentes desvelos de su padre; doña Clara, al contrario, ha tomado el partido de engañar al suyo ó de fingirse devota, cuya apariencia lleva hasta el punto de decir que quiere ser monja. Loco don Martín con la virtud de su hija, da la mano á ese proyecto con tanto más gusto, cuanto por instantes espera la rica herencia que un beneficiado de Andalucía, tío de doña Clara, ha prometido dejarla, y es claro que haciéndose ella monja, todo queda á disposición de su padre.

Los dos hermanos viven juntos, y con ellos está á la sazón don Claudio, hijo de un amigo de don Luis, con quien éste había pensado casar á su hija. Pero el don Claudio, simple en extremo, con sus ribetes de calavera, no puede convenir á la discreta doña Ines. Así lo piensa el mismo don Luis, que había proyectado la unión sin conocerle; cuando en esto llega á Toledo Perico, criado de don Claudio, mozo alegre, travieso y dispuesto siempre á cualquiera bellaquería. Y encontrando á su amo sin dinero, imposibilitado de pagarle lo que le debe de sus salarios, y mal dispuesto con su futura doña Ines, piensa, para mejorar de fortuna, que si don Claudio se casa con doña Clara, la herencia prometida á ésta dará remedio á todo. Don Claudio aprueba el pensamiento; pero, pusilánime en extremo, no se atreve á embestir de frente á la beata, y quiere que Perico le diga su amor y la sondee.

Interrúmpelos el tío Juan, demandadero de las monjas donde ha de entrar doña Clara, el cual viene con una carta de la Abadesa para don Martín, en que le pide entregue al dador cierta cantidad de dinero, propia del convento, que se halla en su poder, en atención á que el mayordomo, por una dolencia repentina, no puede ir á hacerse cargo de ella. El demandadero deja la carta en manos de Perico, y éste con ella proyecta sacar el dinero al viejo, y cubrir las trampas de don Claudio, pagándose también de sus salarios.

Los enredos se empiezan felizmente; Perico habla con doña Clara, y ella, después de mil monadas y melindres, cita á don Claudio para hablar con él en aquel sitio por la siesta; disfrazado después con un traje ri-

diculo, y fingiéndose hermano del mayordomo enfermo, pilló á don Martin el dinero de las monjas.

La conferencia de don Claudio con doña Clara se verifica, y entre los dos conciertan casarse á pesar de don Martin y de todos; mas la voz desentonada de don Claudio despierta á parte de la familia. Acude doña Ines, y acude despues don Martin, que hallándolos juntos, pregunta qué es aquello: doña Ines sinceramente responde que serian su prima y don Claudio, y la beata para justificarse recurre á sus artificios, diciendo que aquello y más merece por sus pecados. Así se canoniza á los ojos de su padre, que llora con ella, la mima, y trata indignamente á su sobrina. Don Martin va desde allí á decirselo todo á don Luis, quien, aunque al principio duda, saca mañosamente de la criada el secreto de los amores de don Claudio y doña Clara, y la certidumbre de la inocencia de su hija. Por último, los dos amantes vuelven á verse y á tratar de sus cosas, y la beata, con llantos y razones afectadas, alienta la cobardía de don Claudio, y él se sale á consultar con un amigo suyo lo que debe hacerse.

El resultado de esta conducta es que los dos se resuelven á firmar un papel de casamiento y á escaparse de la casa. El papel se hace y se firma; pero en esto llega de Sevilla la noticia de que el beneficiado, sabiendo que su sobrina doña Clara se iba á meter monja, deja por heredera á doña Ines; y cuando don Martin, todo agitado y colérico con semejanza nueva, está echando pestes contra el testamento y el testador, entra el demandado á dar otro recado de las monjas, y de paso habla del billete y del dinero. Los dos hermanos empiezan á traslucir algo del chasco; llaman á Perico, que, reconocido por el demandado, canta de plano y entrega parte del dinero, diciendo que lo demas lo tiene don Claudio. Éste, reconvenido por aquella ruindad, cree que le hablan de sus tratos con doña Clara, y los confiesa; y ella, viéndose descubierta, se pone al lado de don Claudio, y descaradamente le dice que la saque de aquella casa, pues no necesitan de nadie. Entónces don Luis les entrega la carta de Sevilla y los confunde. En fin, doña Ines manifiesta su condicion humana y generosa mitigando la terrible cólera de don Martin y ofreciéndose á partir la herencia con su prima. Todos la aclaman, todos la bendicen, y la comedia se acaba.

Aunque esta exposicion no es más que el esqueleto de la fábula, ya manifiesta, sin embargo, que, tomada como está de las costumbres más comunes de la vida, la parte artística que debe dominar en ella es la verdad, aquella verdad compatible con el interes y el agrado. Se la encuentra, en efecto, no sólo en la invencion del asunto, sino tambien en su disposicion, en los incidentes particulares que le desenvuelven, en la expresion de los caracteres, y sobre todo, en la marcha y córtes de los diálogos. Y ésta es una prenda tan preciosa en las artes, tan necesaria en la comedia, y tan difícil de encontrar y desempeñar, que basta sola para asegurar la reputacion de las obras de esta clase. Por ella nos encantan Terencio y Molière; y el autor que sigue sus huellas no desmiente en su última obra el feliz talento que habia mostrado en las anteriores.

La accion empieza y procede naturalmente sin lances embarazosos que la confundan; se trata de si doña Clara se meterá monja como su padre lo tiene creído, y como se lo ha dado á entender á todos. Los preparativos se están haciendo; pero se atraviesa don Claudio, habla de amores, y adios vocacion y fingimientos. Doña Clara, por premio de ellos, se halla al fin casada con un tonto,

sin herencia, y á merced de su prima, á quien tan vilmente ha calumniado.

Los caracteres están bien determinados, y tienen entre sí aquella oposicion necesaria para darles realce sin afectacion y sin violencia. La discrecion y juicio de don Luis hacen resaltar el poco tino y la terquedad de don Martin; la pusilanimidad y atolondramiento de don Claudio, el despejo y travesura de Perico; en fin, la franqueza y sinceridad de doña Ines, el disimulo y bellaquerías de la beata. La posicion en que están don Martin y su hija está perfectamente expuesta en estos versos que dice don Luis á su hermano:

Quando era niña mostraba  
Candor, excelentes prendas;  
Peró tú, queriendo ver  
Mayor perfeccion en ella,  
Duro, inflexible, emprendiste  
Corregir las más ligeras  
Faltas: gritabas, no hacia  
Cosa en tu opinion bien hecha.  
Tu rigor produjo sólo  
Disimulacion, cautelas.  
La opresion, mayor deseo  
De libertad; la frecuencia  
Del castigo, vil temor;  
Y careciendo de aquellas  
Virtudes que no supiste  
Darla, aparentó tenerlas.  
La hiciste hipócrita y falsa,  
Y así que adquirió destreza  
Para engañar á su padre,  
Le engañó de tal manera,  
Que sólo cuando más vicios  
Tuvo, la creyó perfecta.

Este es el efecto moral del drama: el que oprime y tiranice, sea padre, sea esposo, sea maestro, no debe esperar más frutos que disimulo, engaños y alevosías; y en esta parte la leccion que da la *Mogigata* es fuerte y bien entendida. Resta saber si era ésta la principal intencion del autor, de lo cual hablaremos despues.

La disposicion de la fábula, si bien presenta partes dignas del mayor elogio, tiene otras que en nuestro dictámen no son tan recomendables. La exposicion es bella, y excelente sobremanera el desenlace producido por el carácter atronado de don Claudio. Es muy cómica la presencia de espíritu de doña Clara, que sorprendida por su padre hablando del casamiento con Perico, vuelve sobre sí, y empieza á tratar de monjío con una destreza singular. Grandemente concebida está tambien la escena entre don Luis y doña Clara, donde el uno, á fuerza de cariño y de sinceridad, quiere hacer hablar francamente á la otra, miéntras que ella, envuelta en su disimulo y gazmoñería, tira á embaucarle tambien y á ponerle mal con su hija. Pudiéramos citar igualmente otras donde lucen el mismo conocimiento del corazon humano y la misma felicidad en la ejecucion; pero es preciso evitar la prolijidad.

Debemos manifestar, sin embargo, que hay algunas escenas que no están pensadas con tanto acierto, sobre todo por su poca ó ninguna conexion con la accion principal. Tales son la de Perico y don Claudio sobre repartir el dinero pillado á don Martin; la de don Luis y don Claudio sobre salir á recibir al padre de este último; las de don Luis con Perico sobre la lista de los vestidos de don Claudio; en fin, la de Lucía con don Claudio sobre la propina que le pide por sus buenos oficios con doña Clara. La duda momentánea que produce el incidente de la siesta en la conducta de doña Ines, se disipa demasiado presto, y la deja indiferente á los enredos y maquinaciones posteriores. Por otra

parte, el episodio del demandado, que da ocasion al feliz desenlace, tal vez está demasiado inconexo con el resto de la accion, y tal vez un pasaje de esta importancia podia tener más relacion, ó con el beaterio de doña Clara, ó con el enredo de su boda.

No se persuada nadie por esto que tenemos la presuncion de dar lecciones al autor en un arte que tan bien posee. Persuadidos de la inmensa distancia que hay entre poner un defecto á una escena, y escribir esta escena, áun cuando el defecto sea cierto, nosotros proponemos nuestras reflexiones como dudas que sujetamos á su decision misma, como miras naevas que nos dicta el interes con que hemos visto su comedia.

Mas, aunque la critica que hemos indicado esté fundada, no hay duda en que estos ligeros descuidos desaparecen con la facilidad y fluidez de la versificacion, con la verdad y naturalidad del diálogo, y con la gracia, pureza y propiedad del estilo, sembrado todo de sales, de donaires y de idiotismos de conversacion y de lengua, colocados con la mayor oportunidad. En esta parte, la más fuerte del autor, hay siempre mucho que admirar, y casi nada que reprender. Decimos *casi nada*, porque ciertos rasgos, bien que pocos, no serán, en nuestro dictámen, aprobados por el buen gusto.

Aquello de correr don Claudio por la casa, derretir la manteca en la cocina y escaldar al gato, la pintura infame que hace de su mismo padre en la escena última del acto segundo, la socialia indecorosa é importuna de Lucía, y alguna otra expresion nos han parecido cosas recargadas, impropias del asunto y poco correspondientes á lo demas. ¿Pues qué! Un escritor que derrama á manos llenas en su estilo tantos chistes, tantas gracias festivas y naturales, ¿ha de valerle, para hacer reir, de estos pormenores, más propios de sainete que de comedia, y ciertamente indignos de su talento?

Convenimos, es verdad, en que éstas son bagatelas, que no pueden contrapesar una centésima parte del mérito literario que hay en la obra; mas lo que no nos parece de tan poco momento son las consideraciones que se nos han ofrecido al ver la manera con que el autor ha concebido su personaje principal.

El objeto de esta pieza es excitar á los hombres á que no se fien de apariencias, y á que aprendan á distinguir la virtud verdadera de la falsa; tal es la moralidad con que la comedia se termina. La pintura de la hipocresía es el medio elegido para conseguir este fin, y es preciso confesar que era el más óbvio, como el más acertado. Pero ¿la hipocresía está retratada en la *Mogigata* con los colores que le convienen? Aquí está la duda; el autor sabe, el lema puesto al frente de su obra lo anuncia, que el malo, cuando se finge bueno, entónces es el más malo de todos. Ahora bien, si se estudia bien el carácter de doña Clara, se verá que no es el personaje peor de los que entran á componer la accion. Oprimida y ostigada por su padre, ha dado en hacer la sántica para librarse de sus impertinencias; su beaterio no contribuye á otra cosa que al engaño en que está don Martin; por lo demas, nadie la cree, nadie la estima, y si don Claudio se inclina á ella, no es en atencion á su virtud, sino á la herencia que espera. Así es que don Claudio y Perico son mucho más malos; sobre todo Perico, travieso y bellacon, es el héroe de la comedia; él anima á don Claudio, solicita á doña Clara, estafa á don Martin, forma el enredo de la boda, en una palabra, es el muelle de más actividad que hay en toda la máquina.

Las maldades que comete doña Clara no son tampoco de tal consecuencia que puedan servir á hacer resaltar

P. XVIII,

el vicio presentado á la correccion pública. Ayunar en público, y engullir en secreto; decir que lee libros devotos, cuando se entretiene con novelas y libretos de pasatiempo; retirarse á hacer oracion mental, y ponerse á charlar con los mozuolos del barrio; sonsacarle á su prima un novio mentecato, que ella desprecia, echarle la culpa del alboroto de la siesta, y, en fin, procurar malquistarla con todos, santificándose á sí propia; éstos son vicios harto frecuentes en las mujeres, áun sin ser mogigatas, y que por desgracia no son los mayores de que adolecen.

Otros pecados, otros embrollos de mayor consecuencia deberian ser, en nuestro dictámen, los que caracterizasen á la hipócrita; con otros colores más fuertes debe presentarse á la risa y execracion públicas este vicio abominable, que hace cómplice al cielo de las maldades del mundo, usurpa el respeto debido á la verdadera virtud, excluye de sí toda amistad y confianza, siembra la division en las familias, y vive de malignidad y de rencores.

Y no es porque la comedia carezca de rasgos y áun escenas en que se ve la correspondiente energia; tales, por ejemplo, nos parecen los siguientes:

CLARA.

Hija, en el mundo  
El que no engaña no medra.  
Practicando la virtud...

INES.

Practicándola, en cualquiera  
Estado serás feliz.

CLARA.

Pero no dudes que aquella  
Vida penitente, humilde,  
Es más pura, más perfecta.

INES.

Si, pero lleva consigo  
Obligaciones tan serias,  
Que el empeño de cumplirlas  
Hará temblar á cualquiera.  
Mucho de Dios necesita  
La que á tanto se resuelva;  
Porque si la cumple bien,  
Prodigioso esfuerzo cuesta;  
Y si no, despues de amarga  
Vida, ¡qué suerte le espera!

CLARA.

Eso sí, tú siempre... vamos  
Se conoce que no apruebas  
Mi eleccion.

INES.

¡No he de aprobarla!  
Si, prima, y no te parezca  
Que yo la repugne en tí  
Porque á mí no me convenga.  
Yo, que me conozco, y veo  
Mi débil naturaleza,  
Llena de temor, elijo  
La menos difícil senda.  
Tú vas por otra, y vas bien,  
Si tienes constancia y fuerzas,  
Y mucha virtud, que al fin  
La perfeccion está en ella.

CLARA.

Esa apetezco, ésa es  
La felicidad que anhela  
Mi corazon.

DON LUIS.

Si llegarás  
A ocultar, que no es posible,  
Toda la flaqueza humana  
Con diabólico artificio,

Que el vulgo ignorante aplauda,  
Aunque seduzcas al mundo,  
¡Infeliz! á Dios no engañas.

¡Oh virtud como te ultrajan!

CLARA.

Y una vez fuera de aquí,  
Y libre de esta canalla  
Que me cerca...

(Al ver á don Martín, muda el tono y la acción.)

Sólo siento,  
¡Sábelo Dios!... que no hayan  
Seguido mi parecer:  
Yo he querido ser descalza,  
Porque á mas austeridad  
Mayor corona se guarda, etc.

Estos y otros pasajes, repetimos, están al nivel del objeto moral de la comedia por su fuerza y su valentía; lo está toda la escena entre don Luis y doña Clara; lo está también la última, modelo de dignidad y de nobleza, que no puede ser escuchada ni leída sin una conmoción deliciosa; pero el carácter de doña Clara, ya se consideren sus intenciones, ya los incidentes á que da ocasión, ya, en fin, su existencia pasiva en la comedia, pues está atendida á lo que Perico y don Claudio quieren hacer de ella, si bien corresponde al plan y naturaleza del cuadro que ha ideado el autor, no es, en nuestro dictamen, suficiente á presentar en toda su ridiculez y perversidad el vicio que se intenta corregir.

Resumiendo, pues, cuanto llevamos dicho, la *Mogigata*, en nuestro sentir, debe sostener y acrecentar la reputación que el autor se tiene adquirida en un género tan difícil. Los descuidos que hemos notado, unos prueban lo árduo del arte, y otros están salvados con una plumada; y en cuanto al defecto del carácter principal, tal vez debe atribuirse más á las circunstancias que á culpa del autor, el cual da en su obra, no una, sino muchas señales de poder tratar á la hipocresía como merece.

El buen suceso que ha tenido en el teatro, los aplausos y la aprobación pública deben animarle más y más á cultivar un género en que, según dice en su linda dedicatoria, las Musas han vinculado su fama. Hallándose en lo mejor de su edad, y por consiguiente, en la fuerza de su talento, seguido de una reputación tan justa y tan envidiable, seguro de la favorable disposición con que sus obras se esperan y se oyen, ya debe aspirar á más: debe dar la ley, y no recibirla, pintar más en grande, perseguir otra clase de vicios que los que ha ridiculizado hasta ahora, vengar á los buenos de los malos, haciendo á éstos objeto de la risa y execración universal, y marchar atrevidamente á ser el primer pintor de los desvarios de su siglo, que harta cosecha tiene en que ejercitar sus talentos. Nuestra estimación hácia él, y el celo que nos anima por la gloria y progresos de nuestra literatura, son los que nos dictan estas reflexiones, y no le hacemos la injuria de sospechar que pueda ofenderse de ellas.

## POESIAS.

### Á VALERIO.

#### EPÍSTOLA (1).

En fin, ya tus pinceles y colores  
Envidia son, Valerio, á los más diestros....  
¡Dichoso tú! que manejando ahora  
Con tal destreza y tan felice suerte  
Una arte celestial y encantadora,  
Gozoso y satisfecho, logras verte  
Dueño del hombre y sus pasiones todas:  
Tú, con la magia del pincel seguro,  
Su atención arrebatas donde quieres;  
Tú, llevando la vista á los placeres,  
Tornas suave el corazón más duro,  
Y horrendo espanto y confusión inspiras  
Cuando, Marte animando tus pinceles,  
Solo combates y furor respiras.  
Levante, pues, el misterioso velo  
Con que natura sus beldades cubre,  
Tu gran genio, y sus ámbitos girando,  
La belleza ideal beba en su fuente.  
Que, cual águila rápida, á las nubes  
Se lance impetuoso, y discurrendo  
Los magníficos orbes celestiales,  
De idealidad se llene, y descendiendo  
Desde allí al suelo, de tu mente altiva  
Todo lo bajo y terrenal desvie,  
Díctate tus obras y tu mano guie.  
Tú en su vuelo ambicioso no detengas  
El giro arrebatado de sus alas,

(1) Esta epístola sobre la filosofía del arte de la pintura, dedicada á un pintor insigne, fué recitada por QUINTANA en la Academia de San Fernando el 4 de Agosto de 1790. Es la inspiración de una musa que aun no ha soltado los andadores, pero que prueba á caminar por sendas arduas y encumbradas. QUINTANA tenía diez y ocho años, pero en medio de la inexperiencia ya asoma en algunos rasgos el nimen patriótico y brioso que había de levantarse despues á tanta altura. (Nota del Colector.)

Ni que la servidumbre al gusto ajeno,  
Ni el interés tu inclinación te ahoguen.  
El haberse tal vez abandonado  
A móviles tan bajos los pintores,  
¡Cuántos males, Valerio, ha producido!  
Hubo un tiempo infeliz, en que vendido  
El pincel á fanáticas ideas,  
Feroicidad y horror sólo pintaba.  
El negro fanatismo, con la mano,  
Con la mano funesta y execrable  
Con que al hombre y la tierra desolaba,  
Llenó de horror los cuadros, y con sangre  
Manchó todos los templos: hay algunos  
En cuyos tristes muros verás sólo  
Suplicios, muertes bárbaras y miembros  
De los troncos sangrientos arrancados,  
Palpitantes aún: vuelve á otra parte  
La vista, ¡y qué hallarás? Velos oscuros  
Y lóbregas capillas, macilentos  
Cadáveres vivientes, las virtudes  
Con aspecto el más hórrido... Mi alma,  
Asustada al mirar tales horrores,  
Huye del sacro templo profanado,  
Y maldice y detesta á sus pintores.  
Yo no culpo los hechos varoniles  
De aquellos héroes que á su Dios mostraron  
Tan inmensa lealtad, que abandonaron  
La vida á la crueldad de los gentiles,  
Y con su sangre la verdad sellaron;  
Mas me ofende un horror, que desfigura  
La bondad de la Ley, manchando á un tiempo  
Su cándida pureza y su hermosura.  
Así, Valerio, pues que amable quieres  
Hacer la religión, pintala amable  
Cuando de Dios excelso y adorable  
Una imagen mostrar quieras al hombre.  
Que no con gesto amenazante y fiero  
Su timidez y poquedad asombre:  
El benéfico Ser en él se vea,

Y la bondad del Créador del mundo  
En su semblante retratada sea.  
Que rayos puros de su inmensa gloria  
Tu mente enciendan cuando el templo ornare.  
Y si los héroes de la Ley pintares,  
Parezcan inflamados en su gloria.  
La virtud del horror es enemiga,  
Y cuando en ellos presentarla quieras,  
Que á imitarla me mueva y lo consiga.

Ya Mengs y Rafael te precedieron  
En la carrera de tan noble empresa.  
Imitalos, Valerio: ellos pintaron  
Con dignidad la religión divina,  
Y en su augusta nobleza la mostraron.  
De pasmo al orbe atónico llenaron  
Con su sublimidad y expresión viva;  
Y la mano del tiempo, que derriba  
Los mármoles y torres más enormes,  
Jamás removerá de sus asientos  
Aquel altar que la brillante gloria  
A su estudio ha elevado y sus talentos.  
Dejemos, pues, al fanatismo insano  
Su carácter sangriento: abandonemos  
Sus máximas horribles, y busquemos  
Otras, del siglo en que vivimos dignas,  
Más humanas, más dulces, más amables.  
Pero evita el extremo: no te enerves,  
Y que al desamparar la aborrecida  
Vereda del terror, no te abandones  
A la afeminación más corrompida.

Lucidio, aquel pintor cuyo gran genio  
Frutos tan excelentes prometía,  
Y que á immortalizar los grandes hechos  
Sólo parece que nacido había,  
De algunos sibaritas corrompidos  
Por adular el gusto afeminado,  
Su talento sublime ha abandonado,  
Su robusto pincel y sus ideas.  
Y en vez de dedicarse á las acciones  
De los antiguos ínclitos varones,  
Se encuentra enteramente embebecido,  
Pintando á Julia descubierto el seno,  
Y al Amor en sus brazos adormido;  
El cual despide su letal veneno  
Contra un amante que el encanto mira  
Del seno regalado, y que suspira,  
De dulce fuego arrebatado y lleno.  
¡Abandono funesto! ¡Entrometerse  
En tales liviandades un Lucidio!  
Su mano, su pincel y sus colores  
Aborrecen sin duda el ocuparse  
En los juegos, la risa y los amores.  
En vano estudia y su saber apura:  
La morbidez suave y la dulzura  
De la linda zagala que pintaba,  
Del escabroso cuadro habían huido.  
Jamás á hombre ninguno ha concedido  
Natura avara la excelencia en todo.

El género, Valerio, á que te inclines  
Únicamente tu atención se lleve,  
Sin que á objetos diversos la encamines.  
¿Es sensible tu pecho por ventura?  
¿Tienes un alma tal, que alborozada  
Llore al mirar la humanidad honrada  
Por una noble acción? Sigue su impulso,  
Y estudiando la historia, en ella mira  
Acciones mil sensibles y suaves,  
Y el bien contempla y la piedad admira.  
Allí verás á Marcio, ardiendo en ira,  
Abandonar su bárbaro proyecto  
De la tierna Veturia al solo aspecto:  
Allí verás también un templo augusto  
Que á la piedad filial se construyera:  
Él fué cárcel un tiempo hórrida y fiera,  
Donde una madre misera gemía,  
A morir sin sustento abandonada.  
Su hija, empero, allá corre desalada,  
Y los feroces guardias engañando,  
Entra, la abraza ansiosa, y aplicando  
Un dulce pecho á la materna boca,  
La dulce y la sustenta. ¡Piedad grande!  
¡Ingeniosa piedad! Merecedora

De los dulces y bellos sentimientos,  
Que ¡oh sexo femenino! tú solo inspiras.  
Mas si á la gloria á que encendido aspiras  
Quisieres arribar, busca la gloria.  
Si las fuertes virtudes te arrebatan,  
Si el patriotismo honroso y la victoria,  
Y los héroes sublimes y sus hechos  
Tu espíritu conmueven, inflamado  
Camina, y sigue por el gran sendero  
Que ya Lucidio abandonó primero.  
Los altos hechos que la madre Hesperia  
Con tanta muchedumbre ha producido,  
Y que abismados en el hondo olvido  
Tiene una infame negligencia, salgan,  
Salgan á luz: los lienzos, animados  
Por tu noble talento y tus pinceles,  
Muestran aquellos héroes olvidados,  
Cuyas grandes virtudes y almas grandes  
Por tí sus descendientes las estimen,  
Honren su patria y al valor se animen.

El hijo de Fabila, acaudillando  
En medio de Gijón á los astures,  
Y las fuertes cadenas quebrantando  
De la patria oprimida: el Cid Rodrigo,  
Obligando á su mismo soberano  
A jurar de que cómplice no fuera  
En la pérdida muerte de su hermano:  
Guzman, que desde el muro de Tarifa  
Ve al bárbaro cruel que le presenta  
De un hijo amado la funesta muerte,  
O de su ilustre nombre el vil desdoro;  
Y el héroe no faltando á su decoro,  
Con generoso brazo al punto arroja  
Su espada fulminante al campo moro,  
¡No son, Valerio, acciones que merecen  
Alabanza inmortal? ¡No son acciones  
Donde un genio elevado como el tuyo  
Puede brillar y eternizarse puede?

Héroes sublimes, si mi humilde lira,  
Que sólo amores lánguida suspira,  
Fuese bastante á vuestros grandes hechos,  
Yo, mi voz levantando, cantaría  
La España ennoblecida en vuestras glorias,  
Y de vuestras espléndidas victorias  
La rápida carrera seguiría.  
Que su trompa inmortal la poésia,  
Y su pincel divino la pintura  
Dediquen para siempre á eternizaros.  
Vosotros, de la patria firme apoyo,  
Terror del moro en las batallas fuisteis:  
Vosotros siempre al pueblo defendisteis  
De la dura opresión y tiranía;  
Y vosotros carácter le prestábais,  
Y vosotros le dabais energía.  
Cuando Catón y Bruto contemplaban  
Las imágenes libres y grandiosas  
De los primeros cónsules del Tiber,  
Y respirar sus frentes generosas  
El patriotismo y libertad veían,  
En un noble entusiasmo se encendían,  
Y á libertar la patria se aprestaban.  
Catón, el primer hombre de la tierra,  
Viendo triunfar al bárbaro tirano (1),  
La vida acaba por su misma mano;  
Y Bruto sacrifica en noble brío  
Aquella ansiada víctima, y se esconde  
Entre las ruinas y funesta tumba  
Donde la antigua libertad yacía.  
¡Qué gloria para tí! si en algún día  
Un descendiente de Guzman, mirando  
Su acción por tu pincel eternizada,  
En ejemplo tan grande se inflamase,  
Y sus virtudes á imitar volase,  
¡De cuántos lauros tu cabeza entonces  
Adornáran la patria y la pintura!  
Animo, pues, Valerio: insta y apura  
Los secretos del arte en tus tareas;

(1) El bárbaro tirano es Julio César. No extrañará tan exaltado lenguaje quien considere que esto lo escribió QUINTANA en los albores de la juventud, y en una época en la cual la crítica histórica era superficial y apasionada. (Nota del Colector.)